

Hola colega:

Te envío un fraternal saludo. Yo, como siempre, con bastante entusiasmo, redactando estas líneas para ordenar mis reflexiones.

Recientemente tuve la oportunidad de estar en el arranque de la Primera Semana Nacional de Salud Bucal que convoca la Secretaría de Salud de nuestro país. Para esta ocasión, el marco fue la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. El motivo: en el evento se presentó la convocatoria para el concurso nacional «Dibujando Sonrisas», que coordina ADM en conjunto con la Secretaría y el apoyo de algunas casas comerciales. Todo parecía estar en orden, aunque desde la organización previa se contemplaba la presencia del gobernador constitucional del estado, así que el programa inicial fue destrozado en función de sus actividades. Como sabemos, en nuestro país, el reloj que marca el tiempo de nuestros políticos es diferente al del resto del mundo; por tanto, a pesar de estar convocados a iniciar a las 9:00 horas, el gobernador arribó a la escuela primaria a las 13:00. ¿Cómo olvidarlo? Por un lado, el calor desesperante, la primaria con un techo de lámina metálica, cerca de trescientos niños sentados al borde de la locura en espera del comienzo; rodeando el área de la inauguración, los cubículos dispuestos para todos los organismos y dependencias invitadas; pululando el resto de nosotros, un buen número de invitados sumados a las comitivas y avanzadas de parte de los gobiernos municipal y estatal, que cada cinco minutos decían que ya llegaría el gobernador. Por otro lado, el único vuelo disponible para mi regreso de Tuxtla Gutiérrez a la Ciudad de México salía a las 15:30, y había sido reservado con tiempo más que suficiente para llegar al distante aeropuerto de Tuxtla. Las cosas se ponían más que difíciles; por fortuna, de parte de la Secretaría de Salud previeron el transporte para trasladar al aeropuerto a algunos de nosotros que debíamos tomar el mismo vuelo, así que con esta premura tuvimos a bien coordinar nuestra graciosa huida. El chofer insistió en no retrasarnos ya que, por la hora, no podía asegurar nuestra llegada al aeropuerto. Así pues, cada minuto de retraso en la ceremonia se convertía en un minuto de incertidumbre para llegar al vuelo.

Por fin, el gobernador llegó. Lo recibimos los invitados de honor que estaríamos en el presídium; nos saludó uno a uno. Después, junto con él, fuimos invitados a recorrer



la exposición en la que cada uno de los organismos que estuvieron presentes explicaron sus actividades y aprovecharon para la foto del recuerdo. Los niños medio controlados buscaron acercarse al gobernador para saludarlo. En fin, con mi prisa por salir del evento para no perder mi vuelo, aquello parecía interminable. Se acercó un alumno de cuarto o quinto grado y después de tremendo abrazo, le solicitó un balón. El gobernador buscó entre sus secretarios a uno en particular y algo cuchicheó a su oído. Pasaron todavía algunos largos minutos antes de llegar al presídium, donde ocupamos cada uno nuestro respectivo lugar. Por fin, el evento comenzó. Estoy seguro que, como yo, pocos olvidarán la presencia del presidente de ADM, ya que su servidor –atendiendo las repetidas indicaciones de los anfitriones– acudió de vestimenta formal (fui el único que usó corbata y saco), lo que no sólo me hizo sentir como el «prieto del arroz», sino que con el calor que hacía, me parecía estar en la antecala del infierno.

Los oradores empezaron a tomar la palabra; los que viajábamos en el transporte al aeropuerto cruzábamos miradas y nos hacíamos señas para salir del evento. Yo, que estaba en el presídium, no me podía retirar; era una des cortesía salir antes de que el gobernador diera su mensaje. Después de dos oradores, un sinfín de miradas y señales desesperadas para que saliera de ahí, le tocó el turno al gobernador. Se tomó su tiempo, invitó a los niños a guardar compostura durante el tiempo de su mensaje

a cambio de una sorpresa que les tenía programada. Después de agradecernos a cada uno de los asistentes y cerca del final de su intervención, señaló una mesa al lado del presídium que tenía algunos balones y les dijo: «De parte del gobierno del estado, el día de hoy contemplábamos regalar un balón para cada grupo de los diferentes grados escolares, pero la sorpresa es que no sólo regalaremos uno para cada grupo, sino que regalaremos un balón a cada uno de los alumnos de esta escuela». La noticia, entre los gritos de emoción, el júbilo y los aplausos de los niños, convirtió aquello en una fiesta colosal. El gobernador remató diciendo: «Los vamos a entregar en este momento, así que todos los que quieran un balón, deben formar dos filas».

Ahora sí estaba al borde de la desesperación, ya que aquella entrega no terminaría pronto. Mis compañeros

de transporte ya habían salido del evento, así que entre la formación de las filas y la coordinación de la entrega, exponiendo mis motivos, me despedí del gobernador. Salí lo más rápido que pude para lograr alcanzar a mis compañeros y al transporte. Camino al aeropuerto, todos un poco nerviosos, dejamos en la pericia del chofer nuestra muy precipitada llegada.

El vuelo salió con dos horas de retraso y lo peor es que perdí la oportunidad de formarme en la fila para obtener mi balón. Qué tal.

Sin ti... no somos ADM.

Oscar Eduardo Ríos Magallanes
Presidente de la Asociación Dental Mexicana

www.medigraphic.org.mx